

# RECUERDO

POR EDUARDO MAULEÓN

Aquel camino de la mañana era ancho, profundo y llene de guijarros manchados de barro. De las peladas paredes del camino brotaban raíces que como dedos fantásticos se hundían de nuevo en la tierra de ocre.

Hacia arriba mucho rato, para salir después a una explanada cubierta de helechos. El sol cae aquí con extraordinario furor. De los helechos sale un vaho sofocante, irritante. Ahí cerca, en una calva de la explanada, un grupo de inmóviles ovejas esconden la cabeza en la sombra que proyectan entre sí.

Algarabía de grillos. De aquel pastizal que tiene altas hierbas y flores amarillas y blancas y moradas, sale la música estridente y monótona de los grillos. Parece como si todos los grillos de la tierra se hubieran dado cita en ese predio de la frontera.

Alegría de sombras al amparo del bosque oscuro. Hay que ir adentro, muy adentro de este bosque de hayas, hasta encontrar la frescura que guarda; allá donde apenas al sol le queda unos tenues resquicios con qué iluminar las hojas que ya murieron o el musgo suave, fresco y fragante que envuelve a las rocas.

Hemos de caminar despacio, sin apresuramientos, rehuendo arrastrar los pies por las hojas secas a fin de no romper el silencio que lo llena todo.

Se acaba. Ahí afuera un chorro de luz caliente nos aguarda de nuevo.

Desde aquí, desde esta borda que está rodeada de fresnos podados, se ve muy al fondo, un trozo de carretera. Una curva nada más. El sol tremendo saca tal brillo a la brea que parece un pedazo de acero.

Más adelante, al costado de un collado herboso, se encuentra la chabola de los carabineros.

Cerca de la chabola, en una de las vertientes, se inicia una barrancada cubierta de arbolado. Hay allí una fuente fresquísimas. El agua salta desde un trozo de hojalata curvada que está empotrada en el manantial. Aquel día había un botijo debajo del chorro y el agua salía proyectada del pitorro en forma de arco.

Las nubes blancas que habían ido apareciendo se estaban apegando unas con otras. Más tarde se hicieron enormes, blondas, blanquísimas, e iban creando a cada momento figuras y formas de tremendo sabor mitológico.

De la barrera de los Pirineos me ha llegado el eco alargado de un trueno. Allá al fondo aquellos nubarrones que se hunden y se mezclan con las montañas, ofrecen un espectáculo grandioso e impresionante.

Aquí han caído cuatro gotas. Por eso lejos de aliviar la pesadez del ambiente que conmigo va, lo ha estropeado más. Esas gotas gruesas que se enterraban con ruido apagado en la espesa capa de polvo, o que estallaban en las hojas de los arbustos y las piedras, han acabado por sacar al exterior el tufo hediondo que restaba.

Un camino retorcido y duro me baja hasta al lado de una ferrería en ruinas. De ahí adentro sale una violenta corriente de agua que hace culebrear sin descanso, a las hiedras que reposan sobre el río.

Carretera con orillas verdes y corros de sombras de castaños. Paseo reposado y bullanguero de las chicas del pueblo que suben y bajan incansables por la carretera aldeana. Al salir a una recta aparece el pueblo. Ahí está. Subido en un altozano que tiene prados con muchos manzanos, una iglesia con torre de piedras moradas y un puñado de golondrinas girando a su alrededor.